

que, estrechados entre dos fuerzas y embarazados con la maniobra del desembarco, se vieron en uno de los mayores apuros que puede ofrecer la guerra. Era imposible la retirada; y abandonando la defensiva, al grito de San Jorge, cargaron á los moros con tal furia, que llevándolos arrollados hasta los reales, saltaron con ellos la primera línea de fortificación, y arrojándolos sucesivamente de otras tres trincheras, tras un combate sangriento y horrible apoderáronse de la quinta donde estaba el rey de Túnez. Desbandáronse aterrados los tunecinos, salvándose su rey tan á duras penas, que perecieron todos los que le ayudaron á montar á caballo; siguieron los aragoneses el alcance por espacio de tres millas, y recogieron un botín inmenso en las tiendas de los africanos. Valióle al rey esta victoria la posesión de Gerbes, los ricos despojos del enemigo, entre los cuales había la magnífica tienda del de Túnez y veinte y dos piezas de artillería, y sobre todo la gran fama de su valor y poder, que se extendió por toda la Italia y dió mayor autoridad á sus cosas.

Apenas llegado á Sicilia, hallóse con que el papa Eugenio solicitaba su amistad contra los comunes de Venecia y Florencia y el duque de Milán: á esta agradable novedad siguióse la desgracia del gran senescal de Nápoles para con la reina Doña Juana, desgracia motivada por la envidia de los demás cortesanos, por el odio que le profesaba la duquesa de Sesa, grande amiga de la reina, y más que todo por su orgullo insoportable con ésta; y como despechado de que D.^a Juana le negase algunos estados que pretendía su ambición insaciable, profiriese contra ella ciertas expresiones indecorosas y atentatorias á la majestad real, instigada de los demás cortesanos, vino ella en prenderle. Pero sus enemigos habían resuelto su muerte, que le dieron al asegurarse de su persona; bien que tuvieron que cohonestar esta acción con la supuesta resistencia del senescal al acto de ponerle preso, que tanto mostró dolerse de ello Doña Juana; y arrestados todos los parientes del difunto, la duquesa

de Sesa, que era muy aficionada al rey de Aragón, impidió que el de Anjou dejase la Calabria y acudiese á Nápoles á apoderarse del mando. Al punto pusieron de acuerdo con D. Alfonso muchos de los grandes barones del reino, particularmente el príncipe de Taranto y el de Salerno; mas excusando el rey confiar á las armas la pronta solución de aquel negocio, y trabajando con suma sagacidad y prudencia en atraerse el favor de sus mismos enemigos, alcanzó que D.^a Juana revocase la adopción del de Anjou y revalidase la suya, con la condición empero de que no entrase en Nápoles sino llamado por ella, firmándose la nueva adopción á 4 de Abril de 1433. Mas al siguiente año, como se hallase D.^a Juana gravemente enferma, y no pudiendo su ánimo veleidoso mantenerse por mucho tiempo en lo que primero resolvió, comenzó á dar oídos á los cortesanos del bando anjoino, que la indujeron á que llamase y confiase al duque de Anjou el mando del reino. Asiéndose con gusto de esta proposición, desoyó las respetuosas embajadas que D. Alfonso le enviaba al intento, y autorizó la guerra contra el príncipe de Taranto, que por la deserción de uno de sus capitanes tuvo que pedir socorro al rey, el cual firmó con sus enviados nuevo tratado de alianza, dejando el rompimiento de la guerra para cuando quedase sentada la tregua entre Aragón y Castilla. Entretanto, el duque de Anjou y el capitán Jacobo Caldora, por orden de la reina invadieron los estados del de Taranto, que, á pesar de su heroica defensa contra fuerzas tan crecidas, no pudo impedir la toma de muchas de sus plazas, bien que el fin de aquella guerra vengóle sobradamente; pues como siendo ya entrado el invierno y fatigado de aquella trabajosa campaña se retirase el duque, enfermó gravemente y fué á morir al castillo de Cosencia á mediados de Noviembre de aquel año 1434. Sintió grandemente D.^a Juana este infeliz suceso, y aunque tarde acompañó con tan notables muestras de pesadumbre el elogio de las virtudes del difunto, que pareciéndole poco las públicas demostraciones del luto en los vestidos

y en los demás usos de la corte, no perdonó cuantas en voces, acciones y plañidos puede hacer una mujer desesperada: tan extremada fué en todo, y tanto la huella del vicio borrara de aquel corazón los principios de cordura, buena fe y honor, únicos que pueden trazarnos una conducta firme, segura y constante entre los azares de la vida. Aprovechóse en esto el príncipe de Taranto del orgullo y loca alegría que al envidioso Caldora le inspiró la muerte del duque y que motivaron que no prosiguiese la conquista; y en poco menos de un mes recobró todo lo que había perdido. Por fin tras una vida turbulenta y no la más honrosa, á 2 de Febrero de 1435 pasó la reina Doña Juana á dar cuenta á Dios de sus acciones, que la posteridad ha condenado acá en la tierra; y revocando al morir la adopción de D. Alfonso, y nombrando para que le sucediese en el reino de Nápoles á René de Anjou, hermano y heredero del difunto duque, á la sazón prisionero del de Borgoña, legó á la trabajada Italia nuevos trabajos y nuevas guerras que, salvo el feliz y pacífico intervalo que el mediodía de ella debió al genio del grande Alfonso, prolongáronse con inmenso derramamiento de sangre hasta la paz de Crepy firmada en 1544.

Al recibir en Mesina la noticia del fallecimiento de D.^a Juana, envió el rey al príncipe de Taranto algunas fuerzas mandadas por D. Juan de Veintemilla, y no pudiendo llevar á cabo su proyectada confederación con el duque de Milán, á petición de los principales barones del reino de Nápoles hízose á la vela para allá, llevando consigo á sus hermanos D. Juan rey de Navarra, y D. Enrique, que habían venido de España para tratar con el rey de sus diferencias con Castilla, y quedando en Sicilia el infante D. Pedro ocupado en disponer el resto de la armada. En Capua recibió los homenajes de los señores sus amigos; y reuniendo un lucido ejército, aunque con pocas naves de guerra, pasó á poner cerco á Gaeta, donde mandaban un capitán genovés y otro del de Milán. Gracias á la buena defensa de éstos, tanto duró el asedio, que pudieron el duque de Milán y los ge-

noveses aprestar una buena escuadra para socorrerles, y como á pesar de los reiterados avisos de D. Alfonso permaneció el infante D. Pedro en Mesina con la mayor parte de las galeras, con solas las que estaban en el cerco hubo el rey de presentar batalla á los genoveses, que dieron vista á su campo á primeros de Agosto. Montó D. Alfonso una de las naves, y siguiendo su ejemplo todos los barones y caballeros, embarcáronse como *si fueran á fiesta y á gozar de cierta victoria, gente de gala y corte* (Zurita), inexperta en las cosas de la mar, que embarazaron las maniobras, y trastornaron el orden de batalla, tomando por huída de los enemigos lo que sólo era ardid para ganar el viento. Dióse combate á 5 de Agosto de aquel año 1435 á la vista de Ponza, y fué la mayor derrota que jamás hubiesen sufrido las armas aragonesas, pues sin contar la pérdida de casi todos los buques, quedaron prisioneros en nombre del duque de Milán el rey, sus hermanos D. Juan, rey de Navarra, y D. Enrique, y toda la nobleza y corte que asistían al cerco de Gaeta, y en que se contaban los nombres más ilustres de los reinos de Nápoles, Sicilia, Aragón, Valencia, Cataluña y Castilla. Entonces fué, si no mienten las crónicas, cuando la famosa campana de Velilla tocó por sí misma la víspera de la batalla como pronosticando la derrota; caso singular, sobre el cual el analista aragonés, después de referirlo como tradición, añade: «cosa á que cada cual podrá dar el crédito que bien le pareciere, pues de mí puedo afirmar que si lo viese, como hay muchas personas de crédito que lo han visto, pensaría ser ilusión.»

La Italia, ó más bien la Europa entera, admiró entonces el raro ejemplo de caballería y magnanimidad que daban á todos los príncipes un rey cautivo y vencido, y un duque su dueño y vencedor; y si en el uno sobresalían la serenidad, presencia de ánimo, jamás desmentida confianza en sucesos más prósperos, y noble majestad en sus palabras y acciones que hacía respetar á los demás su propia desgracia, dió el otro tan rara muestra de cortesanía, generosidad y delicadeza, que la historia lo re-

cuerda con complacencia cuantas veces la fortuna derriba y pone á un soberano en manos de su enemigo. ¡Qué entrada la de Milán! ¡qué ceremonial y qué acompañamiento de corte, para disfrazar el cautiverio con las galas y la etiqueta! Fuese la mutua amistad que se cobraron el rey y el duque, fuese la finura con que aquél supo persuadir al de Milán el peligro que corría la Italia de que con aquella derrota suya entrase á esclavizarla la casa de Francia si René se alzaba con Nápoles, empezaron á tratar de la libertad de D. Alfonso, dándosela entretanto el duque á D. Juan, rey de Navarra, que pasó después á Aragón con poderes de lugarteniente. Poco tardó el generoso duque en devolvérsela también al rey y á cuantos hubo en su poder, confederándose al mismo tiempo tan estrechamente con su nuevo amigo, que le prometió constante ayuda hasta la total conquista del reino de Nápoles, ofreciéndole á él D. Alfonso valerle contra todos sus enemigos, incluso el papa. Al saberlo el común de Génova, negó la obediencia al de Milán; y como casi todos los caballeros presos en el combate de Ponza habían sido encerrados en las fortalezas de la señoría, pidióles ésta por su rescate general setenta mil ducados. Entre tanto no estaba ocioso el infante D. Pedro, que andaba renovando las relaciones con los napolitanos del bando aragonés, y se apoderó de Gaeta, adonde poco después acudió el rey con la gente de armas que reclutara en Lombardía, estableciendo allí el cuartel general, y organizando su ejército. El infante, que en esta ocasión mostró tal vez más ardimiento del que á los intereses del rey convenía, se apoderó de Terracina, que era de la iglesia; y si bien de ello recibió D. Alfonso notable disgusto, no por esto dejó el papa Eugenio de declararse su más encarnizado enemigo.

Al mismo tiempo en las cortes generales de Monzón probaban los aragoneses y catalanes cuán dispuestos estaban á servir al rey, ofreciendo aquellos socorrerle con doscientos mil florines, que fué el donativo más extraordinario de que hubiese memoria, y éstos con una buena armada aparejada en breves

días, servicio que por su prontitud y por ofrecerse primero que el de los aragoneses, fué tal vez mayor y de más provecho que el donativo. Por fin apurados todos los medios de traer el papa á conciliación, movió D. Alfonso sus gentes de Capua á últimos de Noviembre de 1436, y empezó la campaña apoderándose de muchas fortalezas enemigas, de la ciudad y principado de Salerno, y de toda la costa del ducado de Amalfi, quedando de este modo la ciudad de Nápoles reducida á tan grandes apuros, que el papa creyó llegado el caso de acudir á su auxilio. Instó para ello á los florentinos y venecianos; y cediendo por fin á las súplicas de la animosa duquesa de Anjou, que mandaba en Nápoles por estar preso su marido en poder del duque de Borgoña, envió con un lucido ejército de veteranos el patriarca de Alejandría, que entró en el reino de Nápoles por el mes de Abril de 1437, reuniéndosele luego Antonio Caldora. En las primeras acciones mostróse la suerte favorable á las armas del rey, que derrotaron á los que de Nápoles iban á juntarse con el patriarca, y después sorprendieron de noche con grande estrago el campo de Jacobo Caldora; pero cuando, merced á las sabias operaciones del monarca aragonés, quedaba el ejército pontificio cogido entre el de éste y el del príncipe de Taranto, sacando el legado fuerzas de su desesperada posición, acometió á toda furia y prisa al del príncipe, que quedó preso tras la más completa derrota, desertando después de la causa del rey, y dándose por vasallo de la Iglesia para alcanzar su libertad. Perdió con esto D. Alfonso uno de sus más poderosos aliados, y para llenar el vacío que dejaba, entabló negociaciones con el príncipe de Salerno, con quien se firmó la concordia en Gaeta á 16 de Setiembre. Fué el papa el más temible enemigo que tuvo el de Aragón en aquella empresa; y mucho acreditó éste su prudencia en guardar el respeto debido al vicario de Cristo, al mismo tiempo que movía sus armas contra el señor temporal que tan osadamente invadió sus estados, y cuyo general y representante, también eclesiástico, no dejó en aquella guerra

gran fama de buena fe y de delicadeza. En efecto, aviniéndose el rey y el legado á una determinada tregua, durante la cual obligóse además el último á no tomar á su sueldo á ninguno de los Caldoras; no sólo no cumplió lo jurado, concertándose con Jacobo uno de ellos, sino que juntando su gente á la de éste, á favor de una marcha forzada y muy secreta cayó sobre el campo de D. Alfonso, que sólo debió su salvación á un aviso que tuvo pocos momentos antes; bien que, desconfiando poco después de sus mismos amigos, pagó el patriarca legado lo merecido por tan escandalosa violación de la tregua, teniendo que fugarse en un navío, abandonado ya por sus soldados, que se pasaron al servicio de Jacobo Caldora, en cuyo poder cayó todo su tesoro. Corría entonces el año 1438, y por el mes de Abril supose la ida á Nápoles de René, que por fin recobrara la libertad, y mancomunándose con Caldora, hizo al rey una guerra activa y porfiada, entre cuyos azares no es raro hallar rasgos de singular cortesía. En aquella campaña experimentó también D. Alfonso la veleidad y mala fe de los magnates italianos, que sin ningún escrúpulo, según el vaivén de los sucesos, rompían sus juramentos; y uno hubo entre ellos, y fué Baltasar de la Ratta, conde de Caserta, que en menos de dos años mudó cinco veces de bandera, pudiendo afirmarse que los mismos capitanes aventureros más guerreaban por su provecho que por cumplir sus compromisos con aquel á cuyo servicio estaban. Pero la fortuna sonreía á la gran prudencia con que D. Alfonso conducía aquella campaña; dueño él de lo más importante del país, quedaban los enemigos encerrados y obligados á andar errantes por el Abruzzo; y habiéndoles también roto la escuadra, creyó que era ya tiempo de sitiar la capital, asaz falta de provisiones, desamparada de los principales ciudadanos, y sin cabeza que cuidara de su regimiento, y así puso el cerco por mar y tierra á 20 de Setiembre de aquel año. Mas aquella empresa debía costarle uno de sus más dulces objetos; pues á 17 de Octubre, yendo el valiente infante D. Pedro á la parte de los reales donde man-

daba, alcanzóle en la cabeza un tiro de lombarda, que puso fin á su gloriosa carrera, á los veinte y siete años de su edad, con tanto dolor del rey, que al mirarle cadáver lloró y bendiciéndole dijo: *Dios te perdone, hermano mío, que otro placer esperaba de ti que verte de esta manera muerto; sea Dios loado, que hoy murió el mejor caballero que salió de España!* Resuelto empero á no levantar la mano del cerco, y desoyendo cuantas proposiciones se le hacían por el de Francia y por el papa acerca de componer amistosamente la contienda, lo que en lenguaje diplomático equivale á dar tiempo al caído para levantarse; hubiera indudablemente conquistado la capital, á no oponerse á ello la flojedad de los barones italianos, particularmente del príncipe de Taranto, otra vez reconciliado con el rey, y del conde de Nola, que no deseaban el triunfo decisivo de uno de los competidores, y estorbaban la victoria para seguir sobrenadando entre las oleadas de la guerra, y acomodando las velas á todos los vientos favorables. Así hubo el rey de levantar su campo é irse á Capua, donde apercibiendo sus fuerzas á principios del siguiente año 1439, volvió á entrar en campaña contra René, que también reparara las suyas. Pasóse lo más de ella en negociaciones, que movían el papa y el de Francia, y como hubiesen los enemigos sitiado el castillo Nuevo ó Castelnovo de Nápoles, acudiendo el rey á darle socorro cuando estaba ya en los últimos apuros, é impidiéndole meter en él refuerzo el duque René, rindióse la fortaleza por el mes de Agosto, aunque quedó suficientemente compensada esta pérdida con la toma de Salerno y con la obediencia que á D. Alfonso prestaron muchas familias principales, hasta entonces enemigas suyas. Murió también á 15 de Noviembre el famoso aventurero Jacobo Caldora, á quien halló la muerte soportando el peso de las armas en la edad de setenta años, y con él perdió el bando de Anjou su mejor apoyo, pues sus hijos Antonio y Ramón observaron en lo sucesivo una conducta tan reservada y equívoca, que el mismo René tuvo que salir á pie de Nápoles por Enero de 1440 y atravesar todo el

país ocupado por los aragoneses para juntarse con Antonio; valiente resolución, en que á la vez arrojó los peligros de las guarniciones enemigas, del hambre y del frío, espirando al rigor de éste algunos de sus compañeros en los lugares excusados y salvajes por donde tuvo que abrirse paso entre la nieve. Pero esta resolución no excusó la defección de Caldora, que ya después de estorbar el triunfo de René en aquella campaña, vino á la obediencia del rey por Febrero de 1441, quedando de este modo D. Alfonso libre para acudir á la guerra que movía contra Francisco Esforcia y para hacer frente á las intrigas del papa, venecianos, florentines y genoveses, pues tan próspero soplaba el viento para sus cosas, que apenas podía René oponer resistencia por sí mismo, ni se entendía, como dice Zurita, si estaba en el reino ó en la Provenza. Frustrada empero la expedición que los confederados, á cuya cabeza estaba el papa, tentaran contra el rey enviando con ejército al cardenal de Taranto; puso el de Aragón cerco á la ciudad de Nápoles á 17 de Noviembre, sin que los cuidados de aquellas operaciones le retrajeran de ir sojuzgando lo que quedaba en poder de René en la Calabria, y mucho menos de atender á los negocios de España y á las tramas de las primeras potencias de Italia. Durante aquel largo sitio, Antonio Caldora, á quien el rey en muestra de confianza devolviera el hijo que le había tomado en rehenes, instigado por Esforcia ó más bien por su propia liviandad é inconstancia, pagó la generosidad del monarca con levantar el estandarte de la rebelión en tan crítica coyuntura. Mas ya cayeron en poder de D. Alfonso todas las primeras ciudades; y la capital, única que había podido resistírsele, gracias á los esfuerzos de los genoveses en socorrerla con vituallas, pues la armada aragonesa estaba en su mayor parte ocupada en las conquistas que el rey hacía entre tanto, cerrado entonces su puerto, la capital luchaba por fin con el más terrible enemigo de las grandes poblaciones, con el hambre que inutiliza la defensa, desarma el brazo de los valientes, y convierte el mismo gran número y pujanza de ellos

en su mayor ruina y miseria. Andaba en aquella ocasión el duque René animando á los suyos, y bien mostró ser digno hermano del difunto primer rival de D. Alfonso; pero había sonado la hora de su desgracia, y el 2 de Junio de 1442 alumbró la toma de Nápoles por el rey, que usó de gran moderación en la victoria, y la última desesperada resistencia del de Anjou, que en una galera genovesa dió el postrer adiós á aquel reino, cuya posesión con tanto valor defendiera. Quedaban empero con guarnición enemiga algunas principales fortalezas, que fueron rindiéndose, y Antonio Caldora tenía aún bajo de sus banderas un lucido ejército de veteranos, á los cuales se uniera la caballería de Juan de Esforcia; mas acudió el rey á toda prisa; tomó de paso algunos lugares fuertes de Caldora; y sitiando á Capernone, donde había el tesoro de aquella familia de aventureros, esperó á que Antonio acudiese á salvar sus riquezas, como lo hizo.

Dióse la batalla á 29 de Junio, y fué quizás una de las más importantes de aquella serie de campañas: por una parte el ejército enemigo componíase de soldados viejos, endurecidos en las fatigas de las armas, y avezados á no temer la muerte y á la pelea, y por otra el del rey, ya que no igual á él en número y experiencia, éralo en la decisión é intrepidez, y superior en la confianza de su causa y de sus últimos triunfos; y á unos y otros mandaban los primeros generales de la Italia, pues Antonio se había formado en la escuela de su padre el famoso Jacobo, y Juan de Esforcia en la del conde Francisco de este nombre, al paso que la grande experiencia de D. Alfonso dábase el primer voto en el consejo y su valor el primer lugar en el combate, y los Veintemilla, los Cardona, los Moncada, los Boil y los Urrea, jefes de los tercios reales, no eran tan oscuros guerreros que la fama no les hubiese más de una vez honrado con el nombre de capitanes insignes al contar sus victorias. Batiéronse con valor ambas partes; pero tomara el rey tan excelentes disposiciones, que en lo recio de la acción tuvo el enemigo

que destacar parte de sus fuerzas en defensa de la retaguardia cargada por una división que el de Aragón ya había colocado en lugar oportuno para ejecutar aquella maniobra; y como se hallaban en acción todas las tropas de Antonio y el rey tuviera la previsión de retener á su lado un lucido cuerpo de reserva, avanzó entonces con éste, y su ataque decidió la victoria. Salvóse Juan de Esforcia, mas no Caldora, que quedó prisionero; bien que, previo juramento de fidelidad perdonóle el rey á 6 de Julio, y le dejó en posesión del condado de Trivento y de algunos lugares, regalando generosamente á su mujer todas las riquezas y joyas que el derecho de la guerra hacía suyas. Aquel fué el postrer suspiro del bando anjoino, pues apenas merece mencionarse la conquista de los pocos lugares que aún no se habían rendido, al paso que sus campañas con el conde Francisco de Esforcia ya no debían mirarse como negocio del de Anjou; y desembarazado de toda guerra, á instancia de los grandes del reino, hizo su entrada triunfal en Nápoles. Mandaron para ello los del consejo de la ciudad derribar cuarenta brazas de la muralla por la parte del mercado, por donde á 26 de Febrero de 1443 entró el rey D. Alfonso en carro triunfal tirado de cuatro caballos blancos, rodeado de la corte más espléndida que se hubiese visto, en que se confundían vencedores y vencidos, pues la clemencia del monarca hizo que á ninguna familia costase lágrimas su triunfo, y saludado por los vítores del pueblo, que veía cesar los horrores del hambre y de la guerra, durando muchos días las fiestas y torneos, en que el monarca hizo alarde de no vista liberalidad y magnificencia. Y bien podía celebrar su victoria, pues aquella nueva corona que ceñía era la corona de Nápoles, la más bella de todas sus coronas; Nápoles la rica y la famosa, sultana recostada sobre un lecho de flores, regalada con la perfumada brisa de las llanuras de Sorrento que dulcemente la oreaba adormeciendo al són de las ondas de aquel golfo magnífico, Nápoles, por quien dejara los reinos de Aragón, y que veinte y dos años de guerra se le hacían más querida, como si

su grande ánimo se desdenase de ceñir las coronas que no le costaba más trabajo que el de haber sucedido á su padre, y como si los obstáculos y fatigas le representasen aquella cual obra que, después de Dios, sólo debía á sí mismo. Al fin púsose de acuerdo con el papa, que le concedió la investidura para él y sus herederos á 15 de Junio de aquel año, obligándose el rey á recobrar para la Iglesia los estados que á ésta usurpara Francisco de Esforcia; obligación que le puso en grave compromiso con el duque de Milán, cuyo yerno era Francisco.

No le seguiremos en todos los sucesos que llenaron su vida, á través de las intrincadas negociaciones con las demás potencias de Italia, y de las turbulencias que traían conmovida la España toda, que casi siempre le tomó por árbitro en la contienda; al trazar el breve resumen que precede, fué nuestro solo intento acompañarle en su principal acción, en la conquista del reino de Nápoles, teatro de nuestras glorias, y el mejor florón un tiempo de la corona española. Su prudencia y su acierto en los negocios valiéronle celebridad inmensa en todas las naciones; y tanto le amó el duque de Milán, que cercano á la muerte le instituyó su heredero universal á 12 de Agosto de 1447, herencia que fué después otro de los pretextos de las sangrientas guerras que asolaron la infeliz Italia. Pero, cuando estaba cercano su triunfo en su última expedición, en la rendición de la orgullosa Génova, y cuando, después de haber socorrido la Albania, amenazaba el naciente imperio otomano de Constantinopla; vino la muerte á detenerle en su gloriosa y larga carrera al rayar el día 27 de Junio de 1458, á los sesenta y cuatro años de edad, nombrando sucesor suyo en el reino de Nápoles á su hijo D. Fernando, habido en una dama D.^a Margarita de Yjar, legitimado por el papa, y jurado ya antes por los estados napolitanos, y dejando por heredero de los demás estados anexos á la corona de Aragón á su hermano D. Juan, rey de Navarra, pues ningún hijo le diera su esposa la virtuosa, sufrida y magnánima reina D.^a María, hija de los reyes de Castilla, con quien había

casado á 12 de Junio de 1415, y la cual hizo muestra de grandes talentos en la lugartenencia de estos reinos, que desempeñó admirablemente durante la mayor parte de la continua ausencia, ó sea mansión, del rey en Italia.

Jamás, desde tiempo inmemorial, había admirado ésta tantas virtudes en un príncipe y pocas veces ciñeran la corona sienes más dignas y augustas; y tras aquella vida grandiosa y heroica, dejó á la posteridad señalado ejemplo de su profunda destreza y prudencia en los negocios, de su infatigable constancia y valor en las armas, y de su nunca desmentido amor á las letras. Las no interrumpidas disensiones de sus hermanos con la corte de Castilla, las cuales, si así puede decirse, llevó siempre colgadas de un brazo, las numerosas relaciones que hubo de entablar con motivo de la empresa de Nápoles, sus tratados de alianza, su intervención en el famoso concilio de Basilea, y tantas negociaciones como le sobrevinieron tras la conquista de aquel reino hubiesen sido bastantes para hacer glorioso á un hombre de estado; muchos capitanes célebres no legaran á la historia tan larga y brillante relación de guerras, hazañas y conquistas; y merecieronle el renombre de *Sabio* la afición que hasta en su vejez tuvo á la lectura, la fundación de varios establecimientos literarios, entre los cuales su *amada* Barcelona le debió su Universidad en 1450, y la preferencia y protección que siempre concedió á cuanto llevase el sello del saber, preferencia que fué causa del cariño que profesó á su desdichado sobrino el estudioso príncipe de Viana, y de que hizo prueba cuando, falleciendo por Noviembre de 1457 su amigo el historiador Bartolomé Faccio, mostró sentir tanto su muerte, como si le faltara uno de sus mejores consejeros (1). Su corte fué espejo

(1) «Porque despues de haber puesto su persona á tantos peligros por tierra y mar, y á cabo de tanto tiempo conquistado por las armas la mejor y más excelente parte de Italia, y dexando tan fundado aquel reyno riquísimo para sus sucesores, tuvo en la vejez ordinaria lición de los autores más excelentes, que escribieron las memorias del principio y augmento de la República Romana, y era su Palacio, entre las otras grandezas que se representavan en él, una escuela de

de todas las cortes de Europa en lo espléndida, civilizada y culta; la dulzura y amabilidad de su ánimo conciliáronle todas las voluntades; su generosidad en perdonar á los vencidos, y también á los traidores, fué un noble contrapeso á la ferocidad de aquellas guerras, y en fin sus altas prendas hicieronle Rey de los reyes de su tiempo. Pero ¿ningún lunar afea aquella grandiosa figura? ¿ó la historia perdió de vista sus defectos, deslumbrada por el resplandor de sus hazañas? La historia, como todo lo de este mundo, es un conjunto de grandezas y miserias, y su ojo fijo y penetrante ahonda todos los secretos y desgraciadamente descubre en los grandes varones faltas casi imperceptibles, que expone á la posteridad, para que la misma importancia y elevación de quien las cometió nos enseñe á desconfiar de nosotros mismos y dé más peso al escarmiento. Ella menciona la no muy humana política de D. Alfonso en tener encerrado al infeliz conde de Urgel, á quien fué trasladando de fortaleza en fortaleza, cuando ni el temor ni la prudencia aconsejaban tamaño rigor; ella observa que, á pesar de su buena administración, resintiéronse las cosas públicas del espíritu de corte, que más de una vez tuvieron en menosprecio las libertades del reino, y que el lujo y corrupción de Castilla empezaron á relajar las costumbres de la nobleza de Aragón, y á influir en todos los negocios; y por último, ella dice que no estaban tan cicatrizadas las heridas que la disputada sucesión al trono había abierto á la patria, que no reclamase ésta absolutamente todo su cuidado, y que su ahínco en la conquista de un nuevo reino y su dilatada ausencia de sus antiguos estados no fueron ciertamente muy á propósito para la quietud, provecho y felicidad de éstos. Mas ¿qué mano, por hábil y experta que sea, osará afeár con algunos toques oscuros su retrato? Así

los mas señalados oradores que hubo en su tiempo, y tuvo por sus Maestros tan insignes é ilustres Varones, como se ha referido, dedicando ciertas horas ordinarias para la lición de los grandes hechos pasados, como se pudieran señalar, para la doctrina y enseñamiento de sus nietos...» ZURITA, *Anales de Aragon*, lib. XVI, cap. 47, fol. 52.